



# La Utopía de la igualdad como igualación

## HUGO ENRIQUE SÁEZ

La Iglesia Católica (del griego, καθόλου, o sea, universal) se propone como proyecto desde el siglo IV (gracias a los emperadores Constantino y Teodosio) la tarea de la evangelización universal como una obligación básica de sus sacerdotes, universo que en principio abarcaba al imperio romano. Con ese pretexto, en el siglo XVI las huestes papales invadieron América junto con los ejércitos reales de España y Portugal. Había que convertir al “salvaje”, aunque algunos miembros de la jerarquía eclesiástica dudaban sobre la “humanidad” de sus candidatos a acólitos, hasta que en 1511 el fraile dominico Antón de Montesinos se lanza en contra de los encomenderos de la isla La Española, por el trato brutal que éstos propinaban a los naturales. El sacerdote fue llamado a España para que expusiera sus razones, y en el viaje fue acompañado por Bartolomé de las Casas, que se identificó con sus ideas. La posición benévola de este último se materializaría en la labor de protección a los indígenas desarrollada en Chiapas así como en su polémica con Ginés de Sepúlveda.

La “humanidad” de los indígenas, sin embargo, radica para Bartolomé de las Casas en que éstos poseen un alma puesta en ellos por el Dios de la Biblia y que,

mediante una labor de enseñanza para que conozcan las Escrituras, pueden llegar a ser iguales que los convertidos a la fe en Cristo. En esto consiste el proceso de igualación, tarea que requerirá la transformación del orden preexistente entre los indios y una modificación de su relación con la naturaleza. Tomar como parámetro las propias creencias ha sido un elemento central para imponer la igualdad, aun en contra de la voluntad de los presuntos beneficiarios. Los países desarrollados, en nuestros días, recetan fórmulas que según sus dirigentes conducirán al progreso a estos reinos de la miseria. Se supone que si repetimos los pasos de la acumulación originaria (iniciada hace más de seis siglos en el Reino Unido) algún día llegaremos a tener sus “prósperos” estándares de vida. Hay razones políticas, económicas, sociales, culturales y hasta físicas para que ello no ocurra.

Las razones políticas saltan a la vista de inmediato. El mundo, escindido en bolsones de opulencia y amplísimos desiertos de indigencia, se ha vuelto unipolar y en el vértice de las decisiones políticas se halla una potencia militar dominada por los halcones, que no están dispuestos a compartir el poder con nadie. En el colmo de los absurdos trágicos, el gobierno de los Estados Unidos llegó a proponer la legalización de la tortura



Raúl Anguiano

para combatir el “terrorismo”, ese fantasma engendrado por ellos mismos (memento Osama bin Laden). Los foros mundiales en los que participan todos los países del planeta son ignorados por el gobierno estadounidense cuando considera que las decisiones colectivas afectan sus intereses. Los acuerdos adoptados en Kyoto para combatir el deterioro ecológico no se han firmado ni se firmarán por el momento. La falta de apoyo por parte de la ONU para la invasión de Iraq determinó que ahora se amenace al organismo con la suspensión de los aportes estadounidenses si no se aceptan las reformas planteadas por los halcones. ¿De qué igualdad política podemos hablar en estas condiciones?

Los ajustes practicados en las economías de la región latinoamericana desde el decenio de 1980 no sólo han agudizado la pobreza, también han conducido a una creciente monopolización y desnacionalización de las empresas locales. En otras palabras, se recetan medidas que faciliten

la penetración de las corporaciones multinacionales para apropiarse de los bienes que aún no controlan.

En el plano social se resienten los síntomas más desastrosos. La polarización entre pobres cada vez más pobres y ricos cada vez más ricos ha acelerado el fenómeno de la migración transnacional. A su vez, la expansión del american way of life, en una versión deformada y en flagrante contraste con las condiciones imperantes en el tercer mundo, ha ido acompañada de un deterioro del tejido social que se manifiesta en los crecientes índices de drogadicción, delincuencia, desintegración familiar.

La alienación cultural cada día es más evidente y profunda. Se refleja en una conciencia sometida a las leyes del mercado, de modo que los mayores niveles de educación determinan que los nuevos dirigentes sólo se interesen por su enriquecimiento personal y el conocimiento es valorado en función de su efectividad económica. Las masas son mantenidas en un estado de

embrutecimiento por los medios de comunicación y encandiladas por la posibilidad del consumo como alivio de las carencias afectivas.

Por último, se afirma que la expansión del modelo de capitalismo impulsado desde el FMI, el Banco Mundial, la OCDE, se realiza en función de argumentos racionales. En contraste, este modelo ha generado desequilibrios irracionales. Uno de estos desequilibrios se plantea en la relación que existe entre la producción y el consumo de energía requerido para mantener las zonas de capitalismo desarrollado. ¿Es racional, por ejemplo, que en un palmo de terreno como es la zona metropolitana de la ciudad de México circulen 4 millones de automóviles? El equilibrio ecológico de esta cuenca se ha alterado de manera irreversible, y en todas partes la aplicación de la tecnología mecánica ha acabado con el equilibrio ecológico. Marvin Harris documentó este desatino mayúsculo con cifras de los años setenta, que en la actualidad sólo se han agravado: “Los estudios de costos y rendimientos energéticos muestran, en contra de nuestras expectativas, que la India utiliza su ganado vacuno con mayor eficiencia que Estados Unidos. El doctor Odend´hal descubrió en el distrito de Singur, en Bengala Occidental, que la eficiencia energética bruta del ganado vacuno, definida como el total de calorías útiles producidas en un año dividido por el total de calorías consumidas durante el mismo período, era del 17 por 100. Esta cifra contrasta con la eficiencia energética bruta inferior al 4 por 100 del ganado de carne criado en los pastizales de Occidente.”<sup>1</sup>

El mundo frívolo de Occidente sonríe compasivo frente a las supersticiones de los indios que mueren de hambre junto a una vaca de aspecto delicioso. Con ironía, más adelante concluye Marvin Harris en su escrito que “Si desean ver una verdadera vaca sagrada, salgan a la calle y observen el automóvil de la familia”. En esa

máquina se concentran los enigmas y contradicciones que no hemos descifrado ni superado.

La igualdad sigue siendo un objetivo de la moral de los principios, pero al respecto debemos ser cuidadosos y movernos como recomendaba Gramsci: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. La exhibición de la película *Oliver Twist* me motivó a reflexionar comparándola con *Los olvidados* de Buñuel. En la producción de Polanski la crueldad desatada sobre una infancia inerme se atenúa porque al final se atisba la remota posibilidad de justicia, algo muy escaso en este mundo. En cambio, el pobre Pedro de Buñuel hasta termina muerto y nunca regresa con el director de la escuela granja a devolverle los cincuenta pesos con que él lo había mandado a comprar cigarrillos como muestra de confianza. En este último caso, el amigo que le advierte al director “este chico no vuelve por aquí” termina confirmando que esos muchachos son irrecuperables para una sociedad que se asienta en la inequidad más ofensiva. La cinta recién estrenada me pareció bien dirigida por Polanski (seguramente Roman se sentirá aliviado por mi juicio), entre otras cosas porque la ambientación de época es impecable y las actuaciones estupendas. Pero Dickens, la fuente literaria de la película de Polanski, en comparación con Buñuel representa una estética contrapuesta. En el personaje de Dickens la salvación del muchacho se obtiene integrándolo a la pequeña parte sana del mundo que lo había excluido, mientras quedan extraviados sin esperanza los demás integrantes de la pandilla. Buñuel fue asistido en el aspecto documental y literario por Luis Alcoriza y José Revueltas, dos mentes lúcidas. Aunque produjo un final alternativo, se decidió por ese implacable final en el que la muerte, física o social, es el destino de sus personajes. 🐾

<sup>1</sup> Marvin Harris (2004), *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Madrid, Alianza Editorial, páginas 35-36.